

XXX.

LAS METAMÓRFOSIS DE LA SEÑORITA VIOLETA
DE PARMA.

El sábado había gran recepción en casa del señor Mabile: celebrábase una fiesta con linternas chinas, convirtiendo aquello en palacio veneciano adornados con fuegos de artificios cuyo ramillete final eran las bodas universales. Los galantes del Bosque Dorado y las señoritas del Bosque Hermoso no se habían dado allí cita más que para contraer matrimonio y divorciarse en seguida.

Octavio de Paris había ido, como todo el mundo, á fumar allí un cigarro. Había venido con Miravault que quiso darle el brazo durante veintiocho minutos: en el trigésimo minuto debía estar en el concierto de los Campos Eliseos.

Habían entrado apenas allí cuando observaron que decididamente la gran escuela era siempre la afición de los franceses.

—No oyes esos vocablos dignos de las gramáticas heráldicas?

—Aludíase á una jóven de diez y siete años que

salía de las faldas de su madre y que decía á una de sus amigas:

—No me apures querida, ó bien de un puñetazo voy á romperte el bautismo.

La dama así apostrofada respondió elocuentemente en idioma javenés, cuya traducción no acierto.

Había allí gran muchedumbre cuando llegó otra mujer encopetada. Se envolvió en su dignidad y dijo:

—Abrid paso señoras y caballeros que soy una mujer honrada. Y pasó.

Un inglés que no sabía andar se enredó en la cola de su traje. Volvióse y con una urbanidad exquisita:

—Milord Moffetudo! le dijo con un acento inglés. El ofendido le pidió satisfacción.

—Satisfacción! sois vos que debéis darla puesto que habeis rasgado mi traje.

—Cállate, dijo el inglés, ó te envío á la sombra.

—Cállate ó te sacaré al sol.

—Señora, respondió el amigo del inglés, todo puede arreglarse: un hombre mal educado diría «salid» pero nosotros conocemos demasiado el mundo para no decirnos «salgamos.» Y para darse satisfacción se citaron en el café inglés.

Quién era aquella mujer que se daba en espectáculo?

Octavio no quedó poco sorprendido al reconocer en ella á Violeta, que había destrozado cuanto le quedaba de su traje virginal para revestir, en plena luz, el vestido con cola.

No comprendió nada.

Constábale, sin embargo, que las metamorfosis de las mujeres de Ovidio no se hacen con mas rapidez que las metamorfosis de las mujeres de Paris.

Violeta le habia reconocido y habia reprimido los latidos de su pecho, dejando caer en él una mirada llena del mas alto desden y de amarga burla.

—Violeta! exclamó Octavio como para detenerla en su camino.

No se volvió. El jóven andó con rapidez; pero Miravault le detuvo.

—Ya sabes, por si tienes que hacer aquí, que yo me voy enseguida.

Octavio no dejó á su amigo, prometiendose hablar mas tarde á Violeta. Dieron tres ó cuatro vueltas. Violeta habia tomado asiento en el *salon de honor*, donde pronto se vió rodeada por un círculo de hombres á la moda.

Se hacia pasar por extranjera, como una mujer sin clasificacion que venia de tomar los baños de mar en Brighton y que iba á hacer saltar la banca de Wiesbaden.

Dando vueltas Octavio echó sobre ella una mirada; por mas que estuviesen separados por un círculo de hombres calaveras y elegantes, la jóven no perdió aquella mirada de Octavio; ella le odiaba, pero deseaba verle aunque no fuese mas que para humillarle; habia roto su vida, habia roto su corazon, y ella, á su vez, hubiese querido romperle.

Era el amor en la cólera.

Sentíase dichosa al verse de aquel modo obsequiada y deseaba picar su amor propio á fin de reconquistarle.

No se engañaba. Octavio habia cesado de quererla bajo su dulce y sentimental figura de mujer honrada: tierna y cariñosa como una esposa, soñadora y poética como una nóvia, fiel entregada á él por completo, fiel hasta la muerte y convertida en perro de la casa. Cuando Parisis vió que pertenecía á todo el mundo, sintió que aun la amaba. Era otro amor que se levantaba mas enérgico sobre las antiguas raices, amor estrañamente furioso y terrible que enciende el fuego en la sangre y convierte el corazon en un infierno.

Octavio, sin embargo, tuvo bastante calma para aguardar que Miravault le dejase para ir al *salon de honor* y no se inquietó lo mas mínimo por la improvisada córte de Violeta. Apartó alguno de sus adoradores y arrastrando hácia ella una silla, se sentó á su lado sin cumplidos.

—Violeta, dijo el mancebo, espícame porque camino llegaste hasta aquí.

Estas frases produjeron una revolucion entre los cortesanos de Violeta.

—Como! dijeron, tambien la conoce?

—Ya sabes que Parisis conoce á todo el mundo: la habrá encontrado en la China ó en América.

—Basta de bromas, dijo otro de los cortesanos:

cuando quiero hablar á una mujer siempre Octavio me contesta.

Ninguno de los que allí estaban era hombre para ceder su puesto ante la punta de una espada. Todos eran valientes como el acero. Pero tal era el imperio de Octavio, que se le reconocia siempre como un maestro: todo el mundo cedia sin que se creyese dar un paso hácia atrás. Necesario es que la superioridad tenga sus privilegios. Fuera de que todo el mundo queria ser el amigo de Octavio.

Despues de haber mirado con frialdad al hombre que habia querido tanto, Violeta volvió la cabeza y quiso proseguir la conversacion empezada antes que llegase Octavio.

Este insistió en su pregunta, y como ella le mirase por segunda vez con la misma frialdad, el jóven soltó la carcajada. Entonces fué ella quien le preguntó:

—Por qué reís, caballero?

—Rio, señora, porque al mirar vuestra mano he encontrado un recuerdo y otra existencia. Ya sabeis que creo en la metempsicosis: pues bien, cuando hace algun tiempo erais una virtud irreprochable, pusisteis en vuestro dedo ese anillo de seis francos cincuenta céntimos que se oculta como una violeta entre rosas, ó, mejor dicho entre diamantes.

Trasladada de repente á su existencia pasada, Violeta se levantó y dijo á Octavio que se sirviese dar una vuelta con ella.

Aquellos jóvenes se miraron y se ofrecieron las petacas.

—Juré no hablaros mas, dijo Violeta al duque de Paris; mas vos sois el tirano de mi vida y en cuanto os veo me convierto en vuestra esclava. Yo os odio!

—Y yo tambien, dijo Octavio; mas por qué estais aqui?

—Por qué estoy aqui? Necesario es frecuentar el mundo cuando se es una mujer de mundo. Por lo demás, sabed que no soy ya la Violeta de antes: me llamo Violeta de Parma. La pobre Violeta de la calle de San Jacinto ha sido pisoteada por vos y su último perfume ha volado al cielo de los enamorados.

—Violeta de Parma! enhorabuena.

—Gané en grado; ya comprendereis, querido, que despues de vuestro generoso abandono debia elegir entre la vida y la muerte, entre una muerte en el sepulcro ó en algun sombrío taller donde se olvida todo á fuerza de trabajo. Solo la alegría del corazon, solo la virtud, pueden transigir con todo aunque sea con la miseria. La muerte no me quiso á mí y yo no la he querido á ella, del mismo modo que no he querido las miserias del trabajo. No os estrañeis de verme así: yo soy vuestra obra. Adios, querido: mañana á las ocho salgo para Dieppe.